

Salud y salvación según Jesús

Pbro. Silvio Marinelli Zucalli

En la vida y misión de Jesús existen algunos acontecimientos y actitudes que manifiestan su visión del hombre «sano». Éstas constituyen, para los creyentes en Él, pistas y orientaciones para desarrollar una «buena» pastoral.

Una «buena noticia»

Jesús anuncia e instauro el Reino de Dios, es decir, todo un conjunto de actitudes, valores, percepciones y estados de ánimo caracterizados por la lucha y la victoria sobre el mal físico, psíquico y espiritual.

Se trata de una enseñanza y un anuncio que se dirige, sobre todo, a la gente sencilla, a la que Jesús ofrece el mensaje de las bienaventuranzas. Son personas pobres de recursos materiales y especialmente humildes; todos aquellos heridos por la vida, los que se entregan para hacer un mundo más humano; entre ellos hay pecadores... Él los cambia, los redime, los abre a la esperanza. Él es el «médico de las almas y los cuerpos».

A todo, Jesús les anuncia la buena noticia de la cercanía del Reino, es decir, de la presencia de Dios en su vida y trabajos.

Jesús siempre estuvo en defensa de los pequeños y los débiles: con su madre en la cruz (el testamento de la entrega recíproca entre María y Juan); con los niños y el mandamiento de «hacerse como niños para entrar en el Reino de los Cielos». Se trata del reconocimiento de la dignidad de cada persona humana, independientemente de la edad, recursos, cultura y posibilidad de hacer valer sus propias razones.

Lo que verdaderamente interesa a Jesús son las personas específicas, no el género humano, filosóficamente entendido. Jesús ve, oye, toca, habla siempre a personas bien individualizadas, con nombre y apellido, no a categorías o grupos de enfermos.

La «idea» de salud de Jesús

Jesús tiene en mente una «idea» del hombre «sano», y su actividad curativa y de enseñanza mira a este reto.

Siempre se trata de una salud integral, y para ofrecerla y lograrla es necesario tomar en cuenta al ser humano en su totalidad, por lo que tendríamos que considerar no sólo el aspecto técnico y profesional con sus conocimientos médicos, científicos y tecnológicos, sino también la dimensión espiritual y religiosa.

Una salud que promueva al que la recibe, haciéndole responsable de su cuidado.

Una salud radical, yendo a la raíz, al fondo del problema (tal vez comportamientos o estilos de vida equivocados).

Una salud que ponga a la persona en contacto consigo misma: «¿Quieres curarte? », es decir, verifica y corrige en su caso, lo que sientes dentro de ti, entra en contacto con tu dimensión más profunda.

Una salud liberadora, capaz de desbloquear mecanismos injustos que producen el mal (exorcismos).

Una salud reconciliadora que integre a toda la persona de su dispersión, su fragmentación y la promueva en la paz, el perdón, la confianza y la armonía. Reconciliadora también con los demás.

Una salud transformadora que es capaz de lograr nuevas formas de vivir la vida.

Una salud portadora del mensaje evangélico. Los sanados que se convierten en discípulos: hombre nuevo, vida nueva.

Una salud individual y social. Toca no sólo al individuo, sino también a su entorno: su familia, su grupo, su poblado.

Una salud no idolatrada. La salud es para la persona y no la persona para la salud. La salud es un bien precario, que no se debe considerar como un bien absoluto.

Una salud abierta a la salvación. A pesar de todos los medios, la edad, las limitaciones, la enfermedad, el tiempo, traen consigo naturalmente el desgaste y la muerte. La salud no es eterna, pero puede abrirse a una salud total, a una salvación en plenitud, a una transformación y resurrección definitiva.